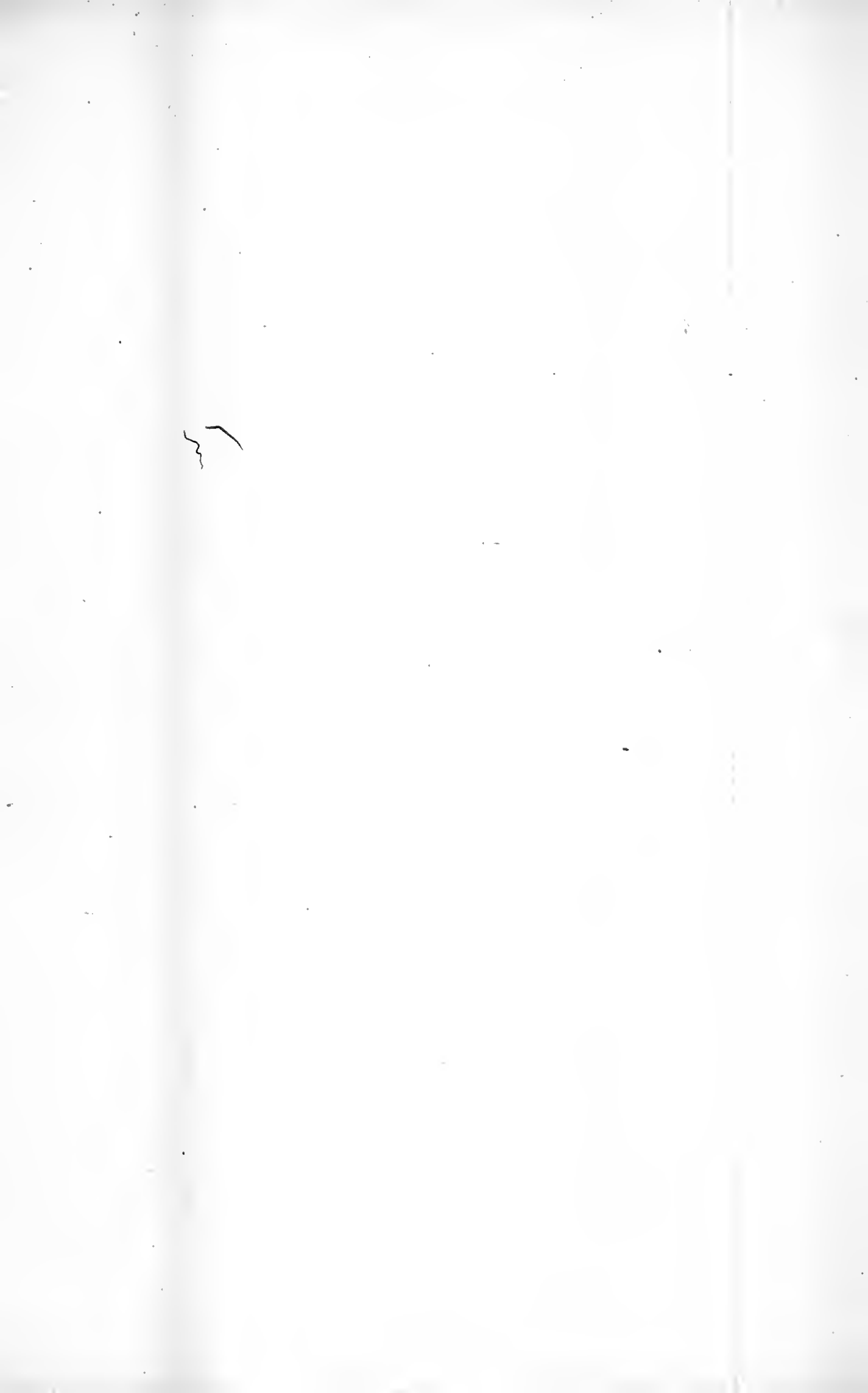
Alejandro Quijano

AMADO NERVO

MEXICO

1919



Para Alfonso Camín,
con admiración, con afecto,
A. Quijano.
México, 1953.

Alejandro Quijano

Amado Nervo, el hombre

Discurso leído en la Velada que la Universidad Nacional dedicó al poeta, la noche del 17 de noviembre de 1919.

MEXICO
ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA
Avenida 16 de Septiembre, 54
1919

Tenia entonces, haciendo marco al rostro que siempre fué flaco y amarillo—como de carne abatanada e infundida en marfiles viejos—, una barbilla rala, negra, no muy pulcra. Su faz, así, se parecía un poco a la de esos Cristos "pre-rafaelitas," los de Giotto, los del Cimabué, no bellos, no blancos, sino cetrinos, empapados en tristeza, transflorando el íntimo dolor. Su cuerpo, enjuto, un poco encorvado, se movía con parsimonia. Vestía un tanto estrafalariamente, calzando guantes raros, portando chalecos de colores más o menos primitivos: el verde, el rojo. Su casaca no era, por cierto, un prodigio de corte; no la hubieran llevado ni Brummel ni D'Orsay. Su voz, un tanto monótona, con los



dejos y acentuaciones inconfundibles de nuestras regiones del Occidente, no carecía, sin embargo, de gracia, haciendo que escuchada primeramente con cierto recelo, quizás hasta con una leve burla íntima, fuese después ganando al auditorio, haciéndolo suyo poco a poco, hasta vencerlo.

Así, más o menos, lo recuerdo en una de las primeras manifestaciones públicas del poeta. Se celebraban en nuestro Teatro Renacimiento—hace ya diecisiete años—, los Juegos Florales que los alumnos de Derecho habíamos organizado. Fiesta de lujo y esplendor. El salón henchido. La escena llena de muchachas y de flores, haciendo, todas, las flores y las muchachas, corte a una joven reina de real apostura. Nuestro más conspicuo tribuno—hablo, es claro, de Jesús Urueta—pronunciara entonces una de sus elegantísimas obras de arte. De pronto, la sala, en un movimiento curioso, vió aparecer a aquel hombre flaco, acorvado, que con andar vagaroso se adelantaba

hacia el proscenio, vestido con su casaca no muy elegante, quizás no muy negra, enfundadas las manos en raras quirotecas. Principió entonces, con esa voz provinciana, monótona pero simpática en su timbre delgado y sonoro, a recitar sus versos, aquellos versos que venían ya de Europa, en donde el poeta hubiera estado unos años; aquellos versos que, llenos de la simplicidad eterna del arte, tenían, sin embargo, una novedad absoluta. Y cuando terminaba:

....Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,
un poquito de ensueño.................."

el concurso, encantado, esa es la palabra, encantado ya con el poeta y con sus versos, lo aclamaba cordialísimamente.

Este es, repito, el primer recuerdo neto que tengo del artista, como tal. Aquella figura rara, de la cara galilea y vestida estrafalariamente, no encerraba ya, sin embargo, al Amado Nervo de la primera juventud. Escapado, en un arran-

que que él mismo nunca supo explicar bien, de los brazos de la vida del convento, a la que parecía ir derecho en sus primeros años, era ya del mundo, por más que en él nunca olvidara los principios de una fe prístina, que llevaba enraizada en lo más hondo de su ser. El Seminario de Jacona—ese pueblecillo aledaño a la fértil y noble ciudad de Zamora, la cual parece haber concentrado toda la religiosidad del viejo "coloniaje" español—le había metido, haciéndolo gotas en su sangre y nervios en su carne, ese espíritu de señoril resignación, de estoica mansedumbre, que, si abandonado un poco durante sus años de inquietud, que vivió la mayor parte en Europa, habría de atraerlo nuevamente, de tirarlo con el imperio de una fuerza atávica, hasta hacerlo, en los últimos años de su vida, el hombre que llega a la cima

"de la montaña augusta de la serenidad"....

*
* *

Nervo, nacido en Tepic, centro principal de aquella región que hoy se llama, como en la época de la colonia, el Nayarit, vió deslizarse sus años infantiles en la quietud de la puebla natal, en medio a la minúscula vida provinciana, sencilla, casi arcádica. En el casón paterno, aquél en que la vieja llave cincelada, con

"cántela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla"......;

en aquel casón en que aún se guardaban los tibores, las lacas, los marfiles que allá, siglos antes, trajese del oriente la famosa "nao de la China," pasaron los años de infancia del poeta.

Paternalmente heredara el espíritu sereno, como de remanso. Su padre era hombre justo. Su madre, dulce y cordial, hiciera de vez en cuando, casi a hurtadillas, versos; así nos lo dice Amado en

cierta breve nota autobiográfica. Por herencia, pues, fuera bueno y fuera hidalgo; por herencia, quizás, fuera poeta...

El niño, educado así en un vivir casero, de quietud, pasara al Seminario michoacano. Tal vez aquella familia, formada al uso viejo, creyera que el porvenir de los hijos, como en la antigua metrópoli, debiera ir o por el camino de las armas o por la vía de la Iglesia.... Y el muchacho enderezó sus pasos por esta última senda.

Jacona, pequeñita ciudad, albergaba un grande y vetusto Seminario. En él cursara Nervo las clásicas humanidades; estudiara latines; ayudara, en las megas mañanas, a la Misa que celebrara un austero fraile. Y el ánima, ya propicia, encastillóse aquí, bajo la dirección y al cuido de graves religiosos, en el amor de Dios; hízose más quieta y recatada; tornóse mística. El misticismo, propincuidad del hombre a lo divino, estado en que, desasido el espíritu de lo terreno, tiende su anhelo a un mejor plano,

hizo suyo al poeta. Y lo hizo suyo definitivamente. No importa que en las épocas de dudar apareciera el hombre, a través de sus versos, levemente heterodoxo; su alma no dejó de ser nunca mística.

......Sin embargo, la greguería insinuante de los pájaros en los atardeceres, o a la alborada; la juventud, que reclama sus fueros aun dentro de las casas de recogimiento y gravedad, haciendo fiesta en todas las horas; quizás la gota de sangre aventurera de algún antepasado español; tal vez el hecho— él lo dijo en alguna ocasión—de que, en premio a la seriedad de sus estudios, se le diera un puesto en la biblioteca del colegio, en donde los ojos, ávidos de lectura, apuraran por primera vez el picante de una duda; puede ser que una de estas causas, o juntas todas ellas, determinaran el principio del proceso de liberación del muchacho.

....Y consumado éste, he aquí al hombre, es decir, al hombrecillo de dieciséis o dieciocho años, con las alas abier-

tas, listo a recibir el halago de todas las brisas, apercibido a vivir la vida....

* * *

Y principió a vivirla. ¿Cómo? Como la viven muchos de los muchachos que tienen, a guisa de preparación, una cultura de humanidades: en el periodismo. E inicióse en "El Correo de la Tarde," allá en mi natío puerto de Mazatlán. Y sus prosas unciosas, y sus versos peregrinos, comenzaron a atraer la curiosidad primero, la atención después.

....El campo se agrandó pronto. El horizonte iba alejándose. Ya la prensa de México reproducía, de cuando en cuando, sus obras. Ya en los cenáculos literarios de entonces—y entonces era, precisamente, la época de la gran bohemia literaria de México—se hablaba de su producción. Y un día, en 1894, Nervo llegó a la capital, lleno de fe, con el ardor juvenil, con la fuerza de los veintitrés años; en la alforja traería, segura-

mente, poca blanca; en la mente mucha ilusión y mucha poesía....

Comenzó, pues, la pugna. El hombre venía, dije, con entusiasmos; pero los entusiasmos ceden muchas veces cuando, como acontece en las grandes ciudades, no es precisamente acogedor el medio, sino, por lo contrario, enemigo. Las torres de marfil son esquivas; para llegar a ellas precisa una labor constante y de depurada bondad; mas nuestro poeta, tenaz en el empeño, iba venciendo poco a poco. ¿Qué importa que en la lucha dejara unos cuantos plumones? ¿Qué importa que a las veces, para vivir, tuviese que apelar a poco poéticos menesteres? ¿No desempeñó Shakespeare muy tristes encargos? ¿No fué Cervantes colector de alcabalas? ¿No supieron Milton y Camoens de los horrores de la miseria? Parece ya una verdad incuestionable que el dolor, templando y acendrando el alma, da como fruto la obra más aquilatada y preciosa.

Por ello, tras estas hoscosas pruebas

materiales, el triunfo fué haciéndose obra en Amado Nervo. Los periódicos de la ciudad lo acogieron en sus redacciones; los cenáculos le abrieron sus puertas....

Y en medio de su esfuerzo, vió un día cómo la esfinge iba a decirle su palabra. Se le enviaba, en misión periodística, a Europa; a Europa, que era, como es y como será aún por luengos siglos, la cima de casi todos los ensueños juveniles.

Allá fué. Su espíritu allegó, en cinco años, el tornasol sin fin de los paisajes, la ciencia de los libros, el arte de las pinacotecas. Recorría con holgura, o "cabalgando en el milagro," como donosamente dijera él mismo, según el destino se lo deparaba, los diversos países. Francia era para él el hoy, el día que se vive; Roma el ayer, la ciudad muerta a la que hay que dejar. Porque a Nervo no le gustó Roma. Es ésta una de las demostraciones de que su espíritu, medularmente cristiano, no gozaba con las ruinas del paganismo; ni siquiera San Pe-

dro pudo moverlo a la oración. En carta a un espíritu amigo, fechada en Milán en 1901, refiriéndose al Duomo, al que Gabriel D'Annunzio consideró como un "milagro," decía francamente: "Bajo las naves de esta Iglesia he vuelto a hallar el espíritu de la oración, que se me había perdido en los templos paganos de Roma, sobre todo en San Pedro." ¿Contribuiría a ello el arte ojival de la suprema estructura? Sería una nueva prueba de la verdad hallada por quien dijo que el arte gótico, con sus líneas derechas, con sus flechas tendidas copiosamente hacia la altura, mueve a la oración, porque él mismo es una oración....

Vivió largamente en París. Gozara entonces, como nunca, la vida. Tomárala en sus brazos con vehemencia, ya encarnada en una brava moza del "boulevard," ya licuada en el oro del "champagne," ya hecha color y mármol en las estatuas o en las telas del Louvre. Gozárala también en la amistad de los

grandes artistas, en la fraternidad con Darío, en el contacto amante con todo lo que era, en esos momentos, el alma de la Tierra.

Lustró, así, su espíritu; asutiló su alma, haciéndola toda melodía y amor...... Y de esa alma órfica surgió, en París, una de sus creaciones más grandes: "La Hermana Agua." En ella el gran lírico, en un ancho impulso franciscano, ama la gloria del agua múltiple: la canta en la lluvia y en la nieve, en la bruma y en el hielo. Y la quiere por buena, porque es caridad:

....."Para cubrir los peces del fondo, que agonizan
de frío, mis piadosas ondas se cristalizan"....



Volvió a México. Sus nuevos años de México—sólo tres o cuatro—lo consagraron ante el público. Fué entonces, y ya para siempre, el poeta querido de todos, sentido por todos.

Fué en esos años cuando, movido por

nuestras glorias patrias, brotaron, de su pluma y de sus labios, aquellos cantos nacionales, tan hondamente sentidos como los que más puedan serlo, ¡y tan alejados, sin embargo, de lo que hasta entonces era la poesía patriótica! Nervo fué el reformador, el creador, diría yo, de tal poesía como obra de arte. Recordemos su "Raza de Bronce," recordemos su "Canto a los Niños Mártires,' recordemos su "Canto a Morelos." En todos, y dentro de una forma de veras original, luce el amor sin medida a la patria y a sus héroes; a tal grado, que ello caracteriza uno de sus rasgos anímicos.

A esta época pertenece el momento a que al principio he aludido, ese primer esplendor del artista ante el público, que desde entonces lo consideró, por la excelencia de su obra tanto como por la claridad y simplicidad de su vida, como hombre y cantor dilecto.

A esta época corresponde, asimismo, la manifestación universitaria de Nervo.

No constituida aún, es cierto, nuestra Universidad Nacional, a ella pertenecían, en esencia y aunque fuese como "*disjecti membra*," que dijera Horacio, los institutos que luego la integraron. El alma del supremo órgano educador de la nación, no manifestada aún, latía, sin embargo, en la vida de esos institutos y en la mente de su fundador, que por aquel entonces, en 1905, dirigía ya, desde su sillón de Ministro, el impulso de cultura que él mismo habría de concretar cinco años más tarde en el cuerpo en cuyo nombre hablo en estos momentos. Y como la Escuela Preparatoria ha pertenecido y pertenece, *per se*, cualesquiera que sean las vicisitudes de su vida, a la Universidad, la cátedra de lengua castellana que Nervo dictó en aquella Escuela, lo constituye en elemento universitario; no siendo, por cierto, sólo ésta la contribución del poeta como cultor didáctico, ya que durante su segunda larga estada en Europa, envió a la Secretaría de Instrucción Pú-

blica inteligentes y documentados informes sobre asuntos de educación.

A esta época corresponde, igualmente, la obra constante y entusiasta de Nervo en "Revista Moderna," la afamadísima publicación que de modo tan elocuente habla del arte literario en México, y de la que Nervo, con Jesús Valenzuela, fué por varios años propietario y director. La Revista, desparecida con la muerte de Valenzuela, fué, durante su vida, exponente el más serio y prestigiado del arte y de las letras mexicanas. En sus páginas se halla cuanto entonces brilló; y en ellas lucen la prosa y el verso de nuestro poeta.

A estos años corresponde, por último, una modalidad no muy sabida, de Nervo. Trajera, efectivamente, del viejo mundo, prendida entre los aromas de su civilización, una nueva lámpara en su intelecto. Su inquietud lo lanzaba ahora por la vía de la ciencia; y se dedicó a cultivarla.... como la cultivan los poetas: admirando más lo que queda en

la oscuridad que lo que se saca a la luz. Le atraían los experimentos de alta química de Mr. Le Bon; soñaba con los espacios cósmicos. Yo supe entonces cómo pasaba noches enteras en el Observatorio de Tacubaya, atisbando por un ecuatorial el nacer de un mundo, o ansiando lanzarse en la cauda de un cometa. Asistía, también, con asiduidad, a las sesiones de la Sociedad Astronómica, en donde sus estudios llegaran a obtener preciados galardones.

¿Qué quedara en su mente de estos escarceos científicos? Tal vez un mayor desconcierto y una admiración más religiosa ante lo arcano.........



Ingresó en la diplomacia. Tornó a Europa. Asentó en España, como Secretario de nuestra misión. Y allí, en la castellana capital del reino, pasó ya casi todo lo que de vida le quedara.

Durante trece largos años, y en tanto

que elegantemente envejecían los oros de su uniforme diplomático, el poeta produjo obra copiosa y rica. Seis u ocho libros salieron de su pluma en este tiempo; y con ellos amplió el campo de sus conquistas, extendiéndolas de su país a la vieja metrópoli—que lo admiró sinceramente—, y luego, en una ancha repercusión, a todos los pueblos de la América española, que lo leyeron y lo amaron.

Su vida exterior se desenvolvió, durante este tiempo, igualmente tranquila. Su rostro, que siempre fué flaco y amarillo, como de carne abatanada e infundida en marfiles viejos, no tenía como marco la barbilla rala de los primeros tiempos. Su vestir era sobrio y pulcro. Estrictamente cumplido en el desempeño de sus deberes oficiales, fué entonces, como siempre después, el verdadero diplomático, entendida como se debe entender, como se entiende ya, esta palabra. El diplomático moderno no es ni debe ser sólo el elegante poligloto, adorno de los salones; ni tampoco sólo el

austero delegado oficial de una ante otra cancillería. La vida moderna, complicada en extremo, exige del diplomático una manifestación multiforme. Inteligente, culto, de fino tacto, varonil y discreto con los hombres, gentil con las señoras, y lleno, luego, del conocimiento de su país, con el que tiene que estar en íntimo contacto, aún a distancia, y estudioso de aquél en donde está, el diplomático tiene que ser un hombre de civilización superior.

Y Amado Nervo, que llevaba en el espíritu arte y ciencia y bondad, supo ser un ejemplar representante nuestro. Como que sabía igual redactar una importante nota, llevar a término una difícil plática y concurrir a una selecta reunión. Efectivamente, Nervo, que en su oficina era grave y austero, era en sociedad de extrema simpatía. Conversador interesantísimo, abordaba todos los temas con notoria sapiencia, y resultaba, así, grato a los hombres; y como podía después, en galante discreteo, re-

galar los ávidos oídos femeniles con un delicado "Madrigal heterodoxo," o con un leve "Sonetino," el hombre iba, constantemente, conquistando voluntades y espíritus.

Por lo demás, supo tener en alto siempre su "penacho." Todos conocéis el episodio..... Recordarélo, sin embargo, en estos instantes en que lo recordamos a él. Colocado en un momento, y por causas que no viene a cuento memorar, en aflictivas circunstancias, el Congreso Español, en un rasgo que por su alteza merece que se le califique solamente como un genuino rasgo español, decretóle una pensión. El hombre entonces, llena el alma de hondo reconocimiento, contestó una nota, noble y sencilla, rehusando el dinero y agradeciendo fervorosamente el ademán. El hecho conquistó, para el alto cuerpo español, la gratitud no sólo de Nervo sino de todos los mexicanos; y para Nervo la admiración, el respeto que merece el hombre que sabe, en un momento de la vida, rehusar y

agradecer, guardar a salvo lo que a salvo debe guardarse, y dar gracias, dar gracias, que es una de las cosas que sólo los hombres superiores saben hacer bien.



Cuando, el año último, Nervo vino a México, llamado por el Gobierno para ser enviado luego a la Argentina y el Uruguay con nuestra más alta representación, los pocos meses que residió entre nosotros afirmaron más, si esto cabía aún, el respeto, la devoción, la cordialidad que todos sentíamos hacia él. En las fiestas de la patria, en la celebración del día de la raza, en los salones, desplegara pródigamente su cantar. Su espíritu de amistad y bondad derramárase también por todas partes. Fué este breve paso del poeta por su patria un saludo entusiasta, que resultó ¡ay! un adiós definitivo.

En una reunión que un grupo numeroso de amigos le ofrecimos para despe-

dirlo, ¡qué palabras de sinceridad y emoción dijo el poeta! Rebosaba amor, en esa tarde, el alma de aquel hombre que se iba de su país rodeado de amor. Yo llego a creer que su espíritu, que había presentido, que aun había deseado, en ocasiones, la muerte, se había olvidado, en esa fiesta, de la implacable visitante; y que tal vez entonces, en su país, rodeado de los suyos, el poeta cancelara, allá en lo más hondo, los versos en que antes tradujo su deseo de otro vivir, creyéndose ya en paz con éste. Quién sabe si aquel:

"Vida, nada me debes. Vida, estamos en paz,"

no lo sintiera en aquellos días....



Pero la Inexorable lo rondaba ya. Y llegado apenas a los países del Sur ante los que nuestro Gobierno lo acreditara; cuando todavía no se apagaba la cálida acogida con que los más altos espíritus

argentinos y uruguayos le habían recibido; cuando resonaba aún en los aires el eco de la voz de Lugones, Ella lo reclamó.

Y he aquí al hombre, muerto ya en su carne, vivo intensamente en su obra, en la estela de su espíritu, que pudo mostrarse, a través de penosas contingencias exteriores, y aun entre el rudo batallar íntimo, fundamentalmente bueno.

Nervo, que había partido de un grave ascetismo que dió pábulo a la melancolía que siempre le fué característica, pasó—¡cuán pocos no pasan!—, antes de amar a la celeste Beatriz, por el purgatorio del amor terrenal. Y, así, besaba entonces los labios rojos, porque eran rojos y fragantes:

"Gitana, flor de Praga, diez kreutzers si me besas"....

Después, en un plano superior, seguía besando los labios, pero ya no por fragantes y rojos, sino porque besaba a su través el alma que detrás de ellos, y aun en ellos mismos, se difunde.

Místico porque no pudo encontrar en la razón la clave del Enigma, amante por temperamento, fué panteísta: un "poverello" *sui generis*, que paseó por los cenáculos artísticos, igual que por las salas oficiales o por los estrados elegantes, su psicología complicada y primitiva a un tiempo, su psicología de ingenuo y de "super-civilizado."

Hetorodoxo un tanto respecto a sus creencias infantiles; interesado en diversas doctrinas esotéricas y aun deseando a veces la serenidad del "nirvana," quiso, sin embargo, a la hora del último partir, oyendo, quizás, en su interior, el *agnosco veteris vestigia flamae* del mantuano, abrazarse piamente a la cruz y besar en ella, con labios trémulos, la efigie de Aquel que vino, en un impulso de amor, a absorber y destruir el Mal y a llevarnos derechamente hacia el Bien definitivo.

*
* *

Las naciones amigas—el Uruguay, en donde finara, la Argentina, en donde estuviera también acreditado, los países todos cuyas aguas besó la hélice que nos trajera su cadáver: Brasil, Venezuela, Cuba—le han rendido y nos han acompañado a rendirle un insólito homenaje, sin precedente en los fastos de América. De todo ello fué él merecedor. No puedo, sin embargo, dejar esta tribuna callando un íntimo sentir. El homenaje cumplido, la magna apoteosis iniciada en Montevideo el 24 de Mayo y sellada hace tres días en la Rotonda de los Hombres Ilustres, tiene, acaso, una trascendencia más honda en este instante de la humanidad, que la de un tributo a la memoria sólo de un gran poeta. En estos momentos, que Maeterlinck llama de despertar, en que por diversas causas, efectivas unas, y ¡ay, tan dolorosas!, oscuras otras, inefables, una inmensa ola

espiritual anega el mundo, las multitudes reverentes, en un silencio perfumado de alma, han glorificado en el gran muerto, como en un símbolo, cuanto de mejor llevan en lo más profundo de sí mismas.

A modo de un signo espiritual, el místico de "Expectación"—todo él un acto de amor, tendido siempre a lo alto en un perdido afán—ha cifrado, un punto, la ingente necesidad humana de amar, de servir, el desgarrante anhelo de saber....

Pueden, pues, los huesos del poeta posar regocijados bajo el terrón moreno de la patria; el ruiseñor fiel le cantará por las noches, con su gorja de oro, el epitafio evangélico que el soñó: "Pasaste haciendo el bien".... mientras el espíritu, libre, sacia su anhelo clarificado al resol de la Eternidad.